

LA CONJURA DE LOS POETAS

(reseña del libro homónimo de Felipe Alcaraz -editorial Almuzara, 2010-)

por David Becerra Mayor

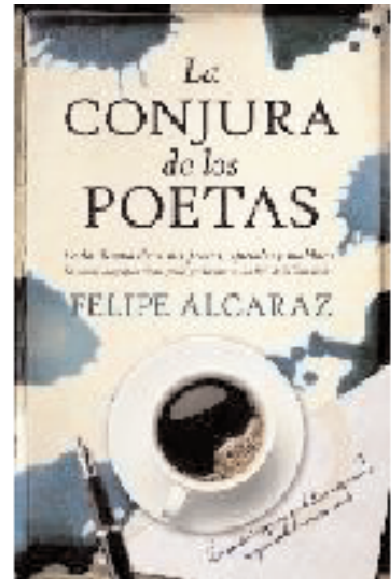
En mitad del camino entre la novela y el ensayo, *La conjura de los poetas* de Felipe Alcaraz describe el proceso de ascenso y caída del movimiento poético de “la otra sentimentalidad” a través de la figura de Javier Egea, uno de sus personajes más significativos y de los poetas más originales e insignes del grupo. Tal vez por ello ha merecido, como protagonista indiscutible de esta historia, protagonizar esta novela.

Porque, a pesar de encontrar en el texto personajes y situaciones reales, estamos ante una novela. Una novela biográfica, si se quiere, pero una novela al fin. Por *La conjura de los poetas* desfilan personajes bien conocidos como Luis García Montero, Álvaro Salvador, Juan Carlos Rodríguez, Susana Oviedo e incluso Joaquín Sabina, pero como se encarga de aclarar Felipe Alcaraz en la “nota del autor” que cierra el libro, “la novela está basada en diálogos ficticios o que, en todo caso, adaptan opiniones, poemas o ensayos. Es decir, lo narrado, siendo verosímil, podría ser ficticio; siendo verdadero, podría ser irreal”¹. Se trata, por lo tanto, de una ficción tomada de la realidad. Pero como ha sostenido en otro lugar el propio Alcaraz, “al escribir *La conjura de los poetas* no he pretendido entrar en ningún espacio íntimo ni en ninguna propiedad privada, sino en un debate público y publicado”². En efecto, Felipe Alcaraz no se ha adentrado en ninguna conciencia ni en ninguna casa en la que no hubiera sido invitado. No ha invadido ningún espacio privado. No se le puede culpar de allanamiento de morada. Los protagonistas reales convertidos en personajes de *La conjura de los poetas* no pueden acusar a Alcaraz de hacerles hablar con voz impostora. La labor del novelista ha consistido en convertir las fuentes documentales en literatura. El lector se encontrará, por lo tanto, ante una narración que es ficticia pero a la vez posible.

Pero, ¿por qué una novela sobre Javier Egea? ¿Por qué, como se anuncia en la portada del libro, “una novela biográfica de un poeta granadino en los días de la Transición”? Porque Javier Egea personifica la derrota. No se trata solamente de reivindicar la figura de un poeta sin parangón en la última hora de la literatura española, sino también de servirse de su figura como metonimia de un proceso histórico concreto: el tiempo en que se produce la derrota del marxismo como discurso revolucionario en los años de la Restauración monárquica –comúnmente denominada Transición democrática. Porque Javier Egea contiene y concentra en su poesía la tensión entre la esperanza transformadora y la conciencia de la derrota.

La conjura de los poetas empieza con Javier Egea en la Isleta del Moro, en la provincia de Almería. El poeta se ha trasladado al Cabo de Gata una vez se ha disuelto el grupo poético de “la otra sentimentalidad”, forjado en los últimos años en el bar granadino La Tertulia. Desde la habitación en la que se hospeda rememora lo ocurrido:

De nuevo se veía caminando por las calles congeladas de Granada. Los encuentros en La Tertulia se habían terminado. Como el regreso de una larga escapada: de pronto se veía tropezando con el rostro hosco de la realidad. Los amigos se separaron, como se rompe un conjunto musical (¿quién lo explicó de esta manera?). Se apagaron las luces de la pista. Ya nada era igual. No lo sería nunca. Y era necesario prepararse para la despedida. Y había sido como si a todos ellos los esperara alguien en la acera, al bajarse de los tranvías, para llegar a casas cordiales, iluminadas y calientes. Menos a él. Como si a él no le esperara nadie³.



1 Felipe Alcaraz, “Nota del autor”, *La conjura de los poetas*, Córdoba, Almuzara, 2010, pág. 299.

2 Felipe Alcaraz, “La conjura poética contra Javier Egea”, *Rebelión* (2-12-2010): <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=117827>.

3 *La conjura de los poetas*, pág. 20.

Cuando “la otra sentimentalidad” se disolvió, cuando terminaron los encuentros en La Tertulia, cuando se apagaron las luces de la pista, nadie se acordó de Javier Egea. Los jóvenes poetas que, con Egea, se daban cita en La Tertulia dieron un giro en su producción poética. Y este giro llevaba implícito una invitación que les daba acceso a las casas cordiales, iluminadas y calientes. Fue el acto fundacional de la poesía de la experiencia y su ruptura con el proyecto materialista de la poética de “la otra sentimentalidad”. Javier Egea se quedó a las puertas; nunca quiso formar parte de ella.

Javier Egea se quedó solo. Pero su soledad, lejos de su significado romántico, representa el proceso de enajenamiento que se produce en el poeta y en su poesía una vez ha tomado conciencia de que habita “en territorio enemigo”⁴ y de que se encuentra en un “campo de exterminio, pero, también, sin duda, el de la posibilidad de una nueva era”⁵. Cuando se encuentra en la Isleta del Moro, una vez se ha establecido la ruptura con el grupo de La Tertulia, Javier Egea concibe –o mejor: produce- uno de sus libros más significativos, *Tropo Mare*, un libro que Juan Carlos Rodríguez definió, en el acto de presentación del poemario de Javier Egea en el Palacio de la Madraza de Granada, en los siguientes términos:

... ustedes van a escuchar hoy a “otro poeta”. No un poeta más maduro, no un poeta más evolucionado sino una cosa completa, radicalmente distinta. No evolución sino ruptura. Un poeta situado en un horizonte materialista, un poeta “otro”⁶.

Ginés Torres Salinas, por su lado, sintetiza a la perfección en qué consiste esta ruptura, cómo se constituye ese poeta “otro”:

La historia de esa conversión en un poeta *otro* es bien conocida y trataré de sintetizarla al máximo: gracias al magisterio del profesor Juan Carlos Rodríguez –a la lectura que él hace del marxismo a través de Althusser- y sus clases de literatura en la Universidad, en Granada aparece un grupo de jóvenes poetas que –con el manifiesto *La otra sentimentalidad* como punto álgido y recopilador- tratarán de construir un discurso poético del que (...) “derivaba la idea de que construyendo otra poesía se puede construir otra historia, se puede transformar la historia”. ¿En qué consiste esa transformación, qué busca? Lo que busca es romper todos los mitos poéticos de la ideología burguesa (...), preguntándose, en un ejercicio de lucidez, de consciencia, cómo ha sido *construida* nuestra vida desde la ideología burguesa, capitalista para, a partir de ahí, tratar de construir –que se logre o no, esa es otra historia- otro tipo de vida, otra poesía, en las que se borra esa dicotomía entre lo histórico-público y lo íntimo-privado: el amor, los poemas, no son algo ajeno y aislado de la historia: todo eso forma parte de una misma cosa, y esto es clave para entender la poesía de Javier Egea⁷.

El acierto de la poesía de Javier Egea, su mayor descubrimiento poético, consiste en la toma de conciencia de que la ideología burguesa nos produce y, en tanto que somos productos de ella, no podemos vivir fuera de ella; que es imposible escapar del inconsciente capitalista. Tenemos el enemigo dentro, en forma de inconsciente ideológico. Y, por consiguiente, no podemos hablar –ni producir ni expresarnos- sino es en su idioma. Nuestra lengua es la lengua de los otros, la lengua de la explotación:

Javier Egea se dio cuenta, como tantos otros poetas granadinos de ese momento, que esa palabra poética, ese lenguaje que utilizamos, es el lenguaje de los «otros». Pero es el único que tenemos. No existe un lenguaje puro por recuperar, sólo tenemos éste, contaminado, manchado por la explotación, un lenguaje que, sin embargo, podemos transformar. Si comprendemos que la palabra nunca es inocente, que siempre es ideológica, podemos concebir la poesía como una práctica ideológica, como un instrumento para interpretar la realidad y escribir desde el materialismo histórico⁸.

La poesía “otra” de Javier Egea se inicia en una derrota en la que nosotros –porque compartimos el mismo inconsciente- somos lo mismo que nuestro enemigo. Es decir: “Egea se situaba en un horizonte materialista. Era ya

4 *Ibid.*, pág. 12.

5 *Ibid.*, pág. 17.

6 Juan Carlos Rodríguez, “Como si os contara una historia”, en Elena Peregrina (ed.), *Por eso fui cazador*, Diputación de Granada, 2004, pág. 77.

7 Ginés Torres Salinas, “Tras el aprendizaje de la vida ofrezco mis ruinas a tus ojos: la poética de la ruina en la poesía de Javier Egea”, *Revista de crítica literaria marxista*, nº 3 (2010), Fundación de Investigaciones Marxistas, págs. 14-15. <http://www.fim.org.es/media/1/1345.pdf>; La cita que se incluye está tomada de Jairo García Jaramillo, *Javier Egea: la búsqueda de una poesía materialista*, Granada, ICILE, 2004, pág. 44.

8 Paula Dvorakova, “No cabían en mis ojos sus ojos y la tormenta: la soledad y el amor en la poesía de Javier Egea”, *Revista de crítica literaria marxista*, nº (2010), pág. 49.

un poeta “otro” que, al menos, era sabedor de ese inconsciente heredado que no hace otra cosa que trabajarnos y producimos como explotación y como muerte”⁹. He aquí la derrota:

No solamente porque “ellos” son muchos y “nosotros” pocos, sino porque ellos son también nosotros, y la realidad que nos imponen forma parte de nuestras propias contradicciones, que podemos revelar y analizar, pero de las que probablemente nunca nos podremos desprender (...) Sólo podemos hacer evidentes las contradicciones y hacer un esfuerzo por transformarlas en otra cosa, pero nunca podremos desprendernos de ellas totalmente¹⁰.

Hay que aprender a vivir con la derrota, porque sólo exteriorizando las contradicciones podremos transformar nuestro inconsciente y, por extensión, el mundo que habitamos. Juan Carlos Rodríguez, en un diálogo con el propio Javier Egea, en *La conjura de los poetas*, muestra cómo esta toma de conciencia ya es, por sí misma, una apuesta revolucionaria:

Tu inconsciente no deja de trabajarte [dice JCR]. Al menos, pienso yo, has empezado a vislumbrar esto: que no deja de producirte como explotación y como muerte (...) [Hay que producir] un nuevo inconsciente que nos produzca como memoria histórica y como materia, que son cosas imposibles de suicidar (...) Y me consta que no se puede conseguir gran cosa. Pero hay que seguir. Es preciso seguir, en la literatura y en la vida. Transformar el texto como índice de que se puede transformar la historia (...) Se trata de transformar, elaborar... producir (...) Y ese intento supone ya una apuesta revolucionaria¹¹.

Se trata de seguir adelante, aunque de entrada se sepa que no se puede conseguir gran cosa, como escribe Javier Egea en uno de los poemas que configuran *Paseo de los tristes*: “aunque fuimos viviendo el mismo frío / la misma explotación / el mismo compromiso de seguir adelante / a pesar del dolor”¹².

En el momento en que Javier Egea escribe, en la Isleta del Moro, su *Troppo Mare* entiende que hay dos formas de posicionarse ante la realidad. De este modo lo expone, en *La conjura de los poetas*, a través de una conversación telefónica con Susana Oviedo: “Te lo dije al principio de conocernos, una noche en La Tertulia, que había que saber convivir con nuestra muerte cotidiana. O reconciliarse con la realidad”¹³. Esta frase sintetiza a la perfección la tensión entre una poesía que se mantiene anclada en el proyecto materialista de la otra sentimentalidad y una poesía que suelta amarras y emprende un rumbo nuevo, alejada del propósito original. El enfrentamiento dialéctico entre una poesía materialista y una nueva poesía que después se denominaría poesía de la experiencia; la tensión entre una poesía que convive con la muerte cotidiana y otra que se reconcilia con la realidad, representa, en el terreno de la literatura, la lucha ideológica entre el marxismo, que resiste a pesar de la inminente derrota, y de un sector de la izquierda que, poseído por el “espíritu de la transición”, conciliador, a-ideológico y posmoderno¹⁴, que se instala en la complacencia y en el discurso de la normalización.

En la poesía de Javier Egea, a partir de *Troppo Mare*, late la angustia de saberse habitante de un territorio enemigo, dominado por la explotación y la muerte cotidiana. Y aunque bien parece que, en algunos momentos, el amor se concibe como un refugio capaz de resguardarle de la problemática de su tiempo (“hay cosas en la vida / que sólo se resuelven junto a un cuerpo que ama”¹⁵), al final se descubre también que “el amor es imposible en un mundo imposible”¹⁶. Para Javier Egea el amor funciona según las mismas reglas que la explotación capitalista. Tampoco el amor puede escapar de la lógica capitalista:

Que el amor sea imposible en un mundo imposible posiblemente sea la parte más fácil de entender. Vivimos en un mundo en que todo se ha convertido en mercancía, en que nuestra propia intimidad tiene un valor mercantil. A lo largo de todo el libro se insiste en eso continuamente, con tristeza y con mucha ironía, utilizando palabras como *saldar, renta, cobrador, mercado, diezmo, cuenta, factura*. Es un mundo en que el amor se puede romper «como un recibo viejo»¹⁷.

9 Felipe Alcaraz, “Javier Egea y el desprestigio de la realidad”, *Revista de crítica literaria marxista*, nº (2010), pág. 63

10 Paula Dvorakova, *Art. cit.*, pág. 52.

11 *La conjura de los poetas*, págs. 45-46.

12 Javier Egea, *Paseo de los tristes*, Diputación de Granada, 1999, pág. 89.

13 *La conjura de los poetas*, pág. 26.

14 *Vid.*, sobre este aspecto, el magnífico trabajo del profesor José Antonio Fortes, *Intelectuales de consumo*, Córdoba, Almuzara, 2010.

15 Javier Egea, *Op. cit.*, pág. 89.

16 Juan Carlos Rodríguez, “Despertar en el vacío: Javier Egea”, *Revista de crítica literaria marxista*, nº 3 (2010), pág. 7.

17 Paula Dvorakova, *Art. cit.*, pág. 50. El verso citado pertenece al poema “Ahora llegas vestida de cobrador del agua...”, *Paseo de los tristes*, pág. 35.

Cuando ni siquiera el amor se encuentra a salvo de la explotación, sólo nos queda la derrota: “Te llaman luz, amor. / Hoy te llamo derrota”¹⁸.

Javier Egea convive con la derrota. Todo, incluido el amor, en la poesía de Egea asume cierto aire trágico, cierto sabor amargo “que se enreda ya por la garganta, / sabe a ginebra / y duele”¹⁹. Pero el sabor de la derrota no encuentra su causa en el hecho de que estemos ante un poeta de carácter depresivo, ante un *loser* que se regocija al sublimar las batallas perdidas. Al contrario, la derrota forma parte de la poesía de Javier Egea porque forma parte del capitalismo. Javier Egea toma conciencia de ella y la articula poéticamente. No existe “otra salida que la del conocimiento”²⁰, dice Javier Egea en *La conjura de los poetas*. El conocimiento nos permite reconocernos como siervos del sistema, nos permite saber que somos producto de la explotación. Pero entraña un peligro: el saber demasiado hace que seamos conscientes de nuestra insignificancia, de nuestra incapacidad –o de la enorme dificultad– por cambiar el orden de las cosas. En este contexto será cuando aparezca la Nube en la poesía de Javier Egea. Porque cuando se *conoce* sólo nos queda esperar a la llegada de la Nube, una especie de “criminal en serie”²¹ que persigue a las personas marcadas por la huella del conocimiento y la derrota. Quien sabe demasiado le espera un desenlace trágico; la conciencia de la insignificancia, de nuestra incapacidad por transformar el mundo, no puede sino caer en el vacío, en el abismo, en la muerte. La Nube adquiere en *La conjura de los poetas* un papel protagonista al convertirse en el elemento que se lleva por delante a Pablito del Águila, a Ninín Sánchez, a Lisardo, a Enrique Vázquez y, al final, también a Javier Egea, en forma de suicidio.

Pero hay quien consigue sortear la presencia de la Nube:

Y me lo dices tú [se refiere a Luis García Montero], que has logrado burlar a la Nube. La visteis de cerca, ¿eh? Sí, estaba allí. Una noche entró en La Tertulia. Se sentó ante una mesita, cerca de una esquina, y nos observaba en nuestras insolencias de poetas inmortales. Ya nunca faltó. Iba todas las noches. Era como una detención del aliento, una sonrisa helada, el recuerdo de todo lo que queda por hacer²².

En efecto, como aparece en *La conjura de los poetas*, Luis García Montero representa el otro término de la dialéctica ruptura/reconciliación: personifica el discurso de una “falsa izquierda”²³ que sustituye el programa radical y revolucionario de la izquierda socialista por un discurso conciliador y a-ideológico. En la novela se plasman diálogos muy pertinentes entre Javier Egea y García Montero alrededor de este aspecto:

- No es posible que nos derrote de nuevo la realidad [dice Egea]. Y aunque nos derrote: si se puede transformar la poesía, se puede, con ella, transformar la historia.

García Montero miró hacia el suelo. Egea sabía que no iba a escoger esa salida (...) García Montero elegiría, con toda probabilidad, el otro camino.

-La realidad nos exige cierta reconciliación –diría a sus espaldas [García Montero]-, una cierta experiencia. Somos parte de ella. Queramos o no formamos parte de esa realidad y vivimos con ella como nos dejó dicho Pasolini: amando el mundo que odiamos. Y es verdad que el espacio está lleno de niebla amarilla, y esa lepra de las banderas y los himnos, y las montañas de andrajos y escombros de cada día. No te hablo de ilusiones, que conste, pero sí de la dignidad de vivir y de un mundo reconocible, relativamente construido por nosotros a través de un pacto de convivencia²⁴.

En realidad, lo que sucede es que, como advertía el poeta y profesor Álvaro Salvador en 1996, la poesía materialista de la otra sentimentalidad ha dado lugar a la poesía de la socialdemocracia:

Poesía de la socialdemocracia también porque la recepción de esos “discursos poéticos normalizados”, que se han abierto paso en los últimos quince años hasta convertirse en “norma” hegemónica, tiene mucho que ver con la aparición de ciertos grupos sociales emergentes, nuevas clases medias consolidadas al amparo de la política socialista, que han demandado la producción y el consumo de una cultura, asimismo, “media”, digerible («La experiencia de la poesía»)²⁵.

18 Javier Egea, *Op. cit.*, pág. 41.

19 “No hubo luz: sólo muerte”, en *Paseo de los tristes*, pág. 40.

20 *La conjura de los poetas*, pág. 23.

21 *Ibid.*, pág. 30.

22 *Ibid.*, pág. 92.

23 Tomo el concepto de José Antonio Fortes, *La guerra literaria: literatura y falsa izquierda*, Madrid, Tierradenadie, 2003.

24 *La conjura de los poetas*, págs. 116-117.

25 Cfr. Felipe Alcaraz, *Art. cit.*, 2010, pág. 66. Felipe Alcaraz analiza en este artículo cómo Álvaro Salvador rectificó de inmediato y sustituyó la preposición “de” por “en”, para referirse entonces a la “poesía en la socialdemocracia”.

En efecto, y como sostiene el personaje de Luis García Montero en *La conjura de los poetas*, la realidad exige cierta reconciliación y un pacto de convivencia. Pero Javier Egea no está dispuesto a efectuar este pacto ni a conciliarse con una realidad que entiende como enemiga y decide emprender un camino distinto al que toman sus primeros compañeros de viaje. Y es entonces cuando Javier Egea se queda solo. Pero, como dice el propio Egea, “los solitarios / son esos que le dicen a su amada: / me quedo solo pero no me vendo”.

Una vez se establece esta ruptura entre las dos posiciones poéticas y políticas se inicia la conjura que intitula la novela biográfica de Felipe Alcaraz. Javier Egea, a partir de este momento, empieza a sentirse desplazado por los que habían sido sus amigos. Mientras éstos reciben el aplauso unánime del parnaso literario, en forma de premios y prestigio, Javier Egea padece el arrinconamiento que sufren los poetas menores. Pero con la diferencia de que Javier Egea no es precisamente un poeta menor. No obstante, como se anuncia en la portada de la novela de Alcaraz, “cada tiempo tiene sus poetas, oficiales y malditos”. Y Javier Egea, por su proyecto ideológico, radical y materialista, no puede sino convertirse en un poeta maldito desplazado a los márgenes, que encuentra vedado el paso a las casas cordiales, iluminadas y calientes. La gravedad del caso –y aquí se encuentra una de las tesis fuertes de la novela de Alcaraz– es que sus amigos –como personificaciones del espíritu a-ideológico y conciliador de la Transición– se conjuran contra él contribuyendo a su anonimato, a su negación y a su olvido. El testimonio de Susana Oviedo, para este propósito, es esclarecedor:

En cuanto a su relación con Luis García Montero, puedo afirmar que Javier lo quería mucho y lo respetaba como poeta «el mirlo blanco», «una de la cabezas más lúcidas», «lo crié de mis pechos». Una tarde de enero de 1999, Javi que tenía un flamante carnet de conducir, me llevó a un pueblo del Poniente granadino a una dramatización que yo debía dar a un grupo de mujeres. La tarde era dorada. Él estaba delgado y vestido de negro, con un jersey de cuello alto que yo le había regalado y que le daba la apariencia de un personaje de El Greco. (...) Le dije que esa noche, en la Madraza, recitaba Luis, y Javier, con dolor, juro que con dolor, me dijo «no voy. Ya sé que Luis es uno de los que me niegan»²⁶.

Este es el inicio de la conjura de los poetas que “tienen acceso al fuego sagrado”, “al paraíso de sus júbilos y, desde luego, un cierto acercamiento al balneario del sistema” contra Javier Egea. Un paraíso “al que sin duda ya ha ascendido, con su sonrisa de querubín, García Montero”²⁷.

Pero Javier Egea no se deja seducir por lo acomodaticio del sistema y prefiere seguir trabajando en los márgenes desde donde sufre su derrota:

“Seguid, seguid sin mí. Seguid vosotros. No me esperéis. Seguid vosotros y salvaos”²⁸.

Y Javier Egea no se salvó. Terminó suicidándose y a su entierro acudieron “quince personas mal contadas”²⁹. Lo que sucedió, como señala Juan Carlos Rodríguez en *La conjura de los poetas*, fue lo siguiente:

-Javier Egea era el mejor –se ajustaría el Teórico su “borsalino” negro-. Escribió dos libros espléndidos. Después todo derivó hacia la poesía de la experiencia. Y, al par, la izquierda dejó de ser lo que era. Egea no supo asumir la nueva situación y la vida empezó a producirle un sarpullido diario. Su estado real terminó siendo el de un solitario profundo³⁰.

Javier Egea fue un digno representante de la resistencia en los años de nuestra derrota. No supo –no quiso, sería más exacto y más justo decir– reconciliarse con la realidad, como mandaban los tiempos. Prefirió no abandonar su lucha ideológica en el campo de la poesía. Pero la realidad fue más fuerte y finalmente “la certeza diaria de la muerte” hizo que fuera “preciso un alto en la derrota”³¹.

26 Susana Oviedo, “Acerca de cómo conocía a Javier Egea, cosas que él me contó sobre bribonías y otras confidencias”, en *Revista de crítica literaria marxista*, nº 3 (2010), pág. 46.

27 *La conjura de los poetas*, págs. 108-109.

28 *Ibid.*, pág. 97.

29 *Ibid.*, pág. 295.

30 *Ibid.*, pág. 290.

31 Javier Egea, “Leer *El capital*”, *Tropo Mare*, Granada, Dauro, 2000, pág. 89.